

Mona Kasten



SOÑAR



AGAIN

Ella no quería enamorarse.
Él le devolvió las ganas de sentir.

4

 Planeta

MONA KASTEN

AGAIN. SOÑAR

Traducción de Noelia Lorente

 Planeta

Título original: *Hope Again*

© 2019 by LYX in Bastei Lübbe AG

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent. www.uklitag.com

© por la traducción, Noelia Lorente Romano, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: febrero de 2020

ISBN: 978-84-08-22267-5

Depósito legal: B. 263-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

—Estoy impaciente por saber cuándo se atreverán a dar el paso mi padre y tu madre.

Me atraganté con el *matcha latte* que me estaba tomando e intenté aguantarme las ganas de toser, sin éxito. Dawn se dio cuenta enseguida y empezó a darme golpecitos en la espalda. No obstante, eso no hizo que la situación mejorara y, en su lugar, acabé tosiendo estrepitosamente. El hombre que teníamos delante se volvió y, al ver que casi me ahogaba, frunció el ceño y aceleró el paso para alejarse de nosotras.

—¿Qué? —dije con un graznido en cuanto mi tráquea volvió a la normalidad.

—Me refiero a nuestros padres —repitió Dawn despacio, y me lanzó una mirada escéptica desde donde estaba, como si dudase que mi pregunta fuese seria o retórica—. ¿No te parece que hay algo increíble entre ellos?

De nuevo me sobrevino la tentación de toser, pero me contuve apretando con fuerza los dientes y colocándome bien la mochila en el hombro.

Mi madre y el padre de Dawn llevaban juntos desde hacía nueve meses. Sin embargo, a pesar de que las cosas iban bien entre ellos y ambos seguían tan felices como el primer día, yo no era tan optimista como mi amiga. No creía que esa relación durase, por mucho que yo lo lamentara. Tal vez Stanley no fuera

un canalla como los otros tipos con los que mi madre había estado hasta el momento. Sin embargo, sus aventuras con los hombres acababan siempre en el fondo de un pozo. Sólo era cuestión de tiempo.

—No parece que estés eufórica precisamente —dijo mi amiga con un tono monótono.

La miré de reojo y me pregunté cómo era posible que ya nos conociésemos tan bien al cabo de tan sólo tres meses. Por lo general, enseguida notábamos cuando a una de las dos le preocupaba algo o no se sentía bien. Casi éramos como dos hermanas que hubiesen crecido juntas. Por otro lado, no podríamos ser menos diferentes: Dawn tenía el cabello cobrizo y unos ojos de cervatillo profundamente castaños, mientras que yo tenía el pelo negro como el azabache y había heredado el azul gélido de los ojos de mi padre.

—Por supuesto, es fantástico que ambos sean felices —respondí después de dudar unos segundos.

Sólo quería saber cuándo iba a acabar esa situación. Mi madre y yo compartíamos muchos secretos que no podíamos revelar a nadie. Ni siquiera a la familia Edwards. No importaba lo mucho que ella amara a Stanley o lo bien que me cayese Dawn.

—Entonces ¿le darías tu bendición a mi padre? —insistió.

Me paré a medio camino del edificio principal de la universidad.

—¿Mi bendición para qué?

Dawn se volvió hacia mí sin detenerse. Siguió caminando de espaldas sujetando el asa de su mochila con los dedos pulgares.

—Pues para seguir como hasta ahora. Creo que tiene miedo de dejarme de lado. Sólo quería asegurarme de que las dos nos alegramos por ambos.

Reanudé la marcha para llegar hasta donde estaba Dawn. Pero, justo cuando acababa de alcanzarla, ella tropezó y tuve que sujetarla del brazo para que no se cayera de espaldas.

—No seas tan antirromántica —me recriminó en cuanto recuperó el equilibrio, dándome un empujoncito con el hombro.

—No soy antirromántica —repliqué.

Tan sólo era que confiaba muy poco en el amor. Y no es que deseara que así fuera, claro que no. No después de haber sido testigo toda mi vida de lo que el amor le había causado a mi madre siempre. Por supuesto que me alegraba de que ella fuera feliz con Stanley. Pero había tantas cosas que Dawn no sabía sobre mí y que su padre ignoraba acerca de mi madre que era incapaz de imaginar que esa relación fuese a salir bien a largo plazo.

—Entonces te lo diré de otra manera —anunció al cabo de un momento—. No eres una persona especialmente sentimental...

—¿Ah, no? —pregunté con ironía al tiempo que tomaba un sorbito de mi *matcha latte*.

—¿Tengo que recordarte uno de los comentarios que hiciste sobre *About Us*?

Estuve a punto de reírme. Dawn era escritora de novelas románticas. Yo estudiaba literatura y, debido al trabajo de mi madre, tenía algunos conocimientos acerca de la edición de textos, así que Dawn me había preguntado si me apetecía echarles un vistazo a sus historias. Y, para disgusto de ella, acabé prestando más atención a las lagunas de contenido que al argumento romántico de la historia.

La miré de reojo y noté cierta tristeza en su mirada. De repente me sobrevino la mala conciencia. Que la vida amorosa de mi madre en el pasado hubiese sido un motivo constante de preocupación no quería decir que tuviese que descargar mi frustra-

ción con Dawn. Así pues, decidí reconducir la situación y la miré con una sonrisa.

—Tienes razón.

Ella sonrió a su vez.

—Yo siempre tengo razón. —Tomó un sorbo de su café—. Papá y yo hemos quedado mañana en un restaurante. Le diré lo contentas que estamos de que les vaya tan bien a los dos, así dejará de preocuparse todo el tiempo.

—Suenas como si estuvieses trazando un plan. —Eché la cabeza hacia atrás y me bebí de un trago el resto del *matcha latte*. A continuación me guardé el vaso reutilizable en uno de los compartimentos de mi mochila.

—Creo que yo también debería comprarme algo parecido —comentó Dawn pensativamente. Se quedó observando el bolsillo donde ahora estaba mi vaso y, luego, miró el suyo de papel.

—Lo pedí a través de una página de internet en la que tienes la posibilidad de diseñar tu propio vaso. Podríamos imprimir en él la cubierta de tu libro —propuse.

Ella arrugó la nariz

—No creo que quiera pasearme por la universidad con un vaso en el que aparece un torso desnudo.

—Bueno, he visto cosas más escandalosas en el campus —contesté echando un rápido vistazo al reloj de mi móvil sin que ella se diese cuenta.

«Maldita sea.»

Nunca había llegado tan tarde a clase de escritura creativa. Sentí una frustración enorme. Mi oportunidad de ese miércoles se había esfumado. Había sido mía hasta el momento en que Dawn me había preguntado por qué no íbamos a tomar un café antes de ir a clase. Por lo general, yo siempre llegaba al aula como mínimo un cuarto de hora antes, puede que incluso más pronto.

—No corras tanto. Mis piernas son más cortas que las tuyas —soltó Dawn, haciendo un esfuerzo mientras subíamos los escalones que llevaban al edificio principal.

—No es cierto. Tan sólo mido un palmo más que tú. Además, no quiero llegar muy tarde.

Ahora fue ella la que miró su móvil.

—Son casi las doce. ¡Pero seguro que a Nolan no le importará mucho que llegemos un poco más tarde de lo habitual!

—Que nos llevemos bien con él no significa que debamos aprovecharnos de la situación —dije sosteniéndole la puerta abierta del edificio principal.

—Tienes razón. Será que me tienen un poco consentida.

Recorrimos juntas los pasillos y, mientras Dawn me contaba no sé qué sobre una fiesta que quería dar Spencer en su casa, intenté ignorar la sensación de cosquilleo que me sobrevino y que iba en aumento a medida que nos acercábamos al aula. Me pasé la mano por el cabello lo más discretamente que pude y confié en que mis rizos siguiesen en su sitio. Dawn no solía venir conmigo cuando yo entraba en la clase tan temprano, así que generalmente aprovechaba para mirarme en el espejo.

Sin pensarlo dos veces, mi amiga giró el pomo de la puerta y entró en el aula. Ya había tres compañeros más esperando. Estaban sentados en el suelo, con las piernas cruzadas y sus cuadernos en el regazo. Mi mirada tan sólo recayó en ellos por un segundo, pues enseguida miré al frente. La mesa era un completo caos. Estaba repleta de hojas de colores, lápices y libros: una imagen que encajaba a la perfección con la persona a la que pertenecía semejante desastre.

—Hola, Nolan —saludó Dawn.

Él levantó la mirada del libro que lo había abstraído hasta ese momento. Sujetaba el extremo de un bolígrafo rojo entre los

dientes. Se mostró confundido por unos segundos. Era como si hubiese estado sumido en otro mundo y de repente lo hubiesen catapultado al presente. Primero examinó a Dawn, luego me miró a mí. Sonrió. A continuación se sacó el bolígrafo de la boca, echó un vistazo al reloj que había sobre nuestras cabezas y se reclinó en la silla.

—Habéis llegado justo a tiempo. —Su sonrisa no desapareció.

—Somos muy puntuales —dijo Dawn.

Nolan levantó una ceja.

—Si llegáis a venir un minuto más tarde os mando a comprar un *bagel*.

La amenaza provocó la risa en el aula. Dawn y yo no tuvimos más remedio que reír también, a pesar de que ambas sabíamos que no lo decía de broma.

La manera de enseñar que tenía Nolan era... poco convencional. No trataba a sus estudiantes con indiferencia; lo hacía como si éstos fuesen sus amigos y quisiera compartir con ellos su mayor pasión. Siempre estaba de buen humor y repleto de energía. Además, sus clases no podían compararse con ninguna otra a la que yo hubiese asistido hasta el momento.

Para empezar, podíamos llamarlo por su nombre de pila y era creativo a la hora de castigarnos cuando olvidábamos entregar nuestras redacciones o llegábamos demasiado tarde a clase. Eso sin mencionar las horas que pasábamos sentados en el suelo, encima de las mesas o en el césped del campus al aire libre. Con Nolan nada era nunca como esperabas. Ni siquiera los temas que tratábamos en sus clases. A pesar de que a primera vista tenía un aspecto muy desenfadado, los ejercicios que debíamos hacer eran trascendentales y bastante difíciles. Algunas veces me preguntaba por qué motivo elegía precisamente semejantes temas.

Nolan me fascinaba. Lo veía como un acertijo que tenía que resolver a toda costa. Además, él era el motivo por el que no veía la hora de entrar en aquella clase los miércoles.

Me senté en el suelo junto a Dawn y miré hacia el frente de nuevo. Nolan estaba poniéndole el tapón al bolígrafo, luego lo dejó en su mesa.

Su rostro era tan peculiar como todo cuanto lo rodeaba: era suave y pronunciado al mismo tiempo. Tenía los ojos grises y siempre había una expresión pensativa alrededor de su boca. Su cabello era rubio ceniza y lo llevaba un poco largo, aunque solía recogerse. Nunca antes me había fijado en ningún hombre parecido. Eso, unido a la barba de dos días, le confería cierto aspecto salvaje, lo que contrastaba con su estilo apacible y su sonrisa cálida de un modo encantador.

Bajé la mirada despacio. Tuve que erguirme un poco para ver mejor lo que ponía en su camiseta. Normalmente era lo primero que hacía los miércoles al entrar en la clase. A Nolan le encantaban las camisetas con cualquier estilo de estampado. Justo en ese instante se echó hacia atrás y estiró los brazos por encima de la cabeza. Llevaba una camiseta negra ligeramente holgada cuyo estampado mostraba unas luces de Navidad de colores y, en orden alfabético, una letra del abecedario debajo de cada una. Casi se me escapó una sonrisa. En casa tenía una camiseta muy similar porque era una fan incondicional de «Stranger Things». Recorrí con la mirada cada una de las letras hasta llegar a la última.

Si no hubiese estado la mesa delante de él quizá podría haberle visto parte del cuerpo.

Me reprendí a mí misma por pensar algo así.

Levanté la vista de nuevo y me quedé paralizada: Nolan me estaba mirando directamente a los ojos con curiosidad. De repente sentí que mis mejillas se acaloraban y aparté la cabeza

con tanta rapidez que estuve a punto de hacerme daño en el cuello.

Seguramente anhelaba tanto ir a esa clase todos los miércoles por un motivo muy concreto. Pero jamás podría revelarles ese secreto a Dawn..., ni a ninguna otra persona de este mundo.